

rompida.» Robespierre se levanta. «Los que pretenden—dice—que la mayoría de la Convención está corrompida, son unos insensatos; pero los que nieguen que alguna vez puede extraviarla una coalición compuesta de hombres profundamente corrompidos, son unos impostores... Voy á descorder una parte del velo...»

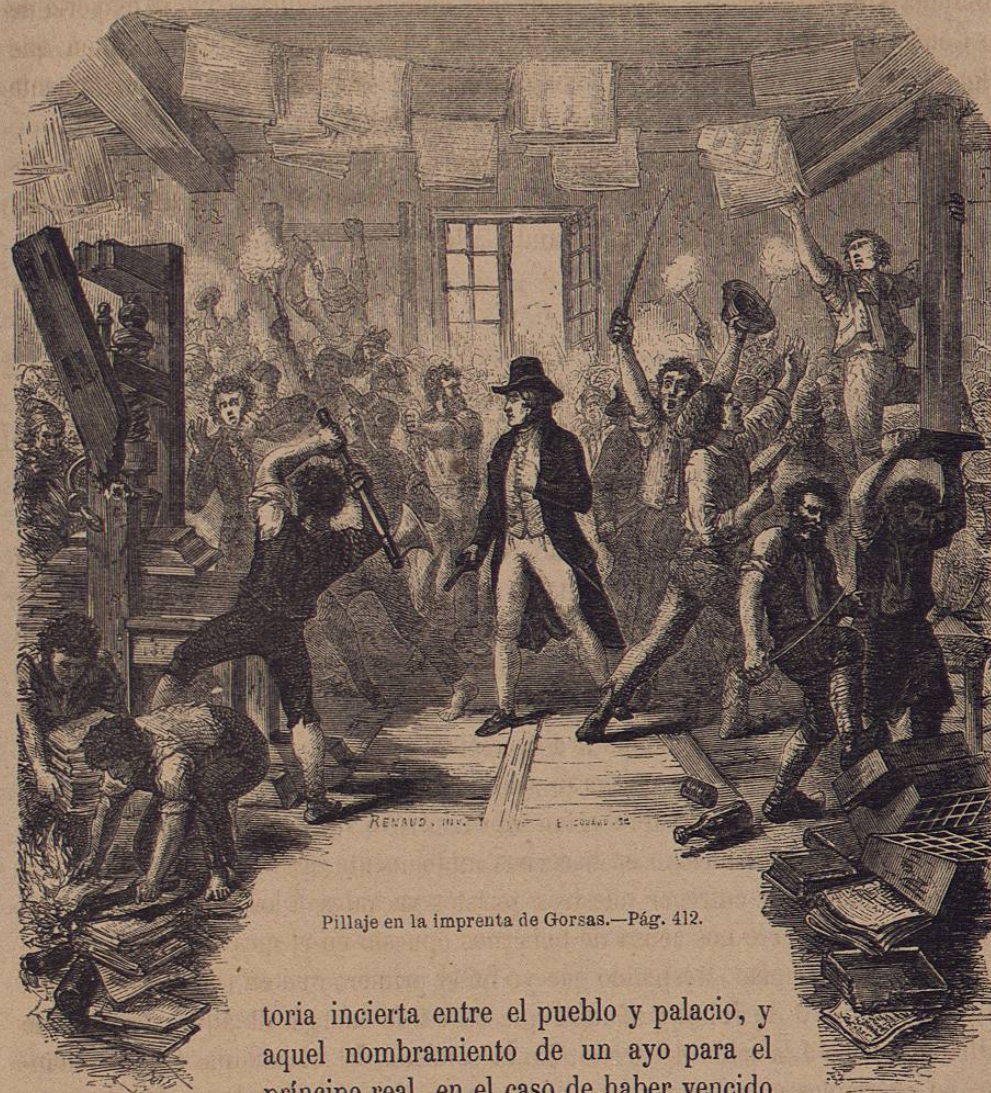
Al oír esto, Vergniaud se llena de indignación y pide él mismo que se escuche á Robespierre. «Aunque no tengamos—dice—discursos preparados artificialmente, sabremos responder y confundir á los malvados.»

V

Robespierre acusa á Vergniaud y á su partido con la mayor vehemencia, y concluye por pedir su enjuiciamiento. La Montaña aplaudió el resultado de este discurso. Vergniaud subió á la tribuna después de Robespierre, y consiguió con dificultad hacerse escuchar.

«Voy—dijo—á tener la osadía de responder á Robespierre, quien, con una páfida novela artificialmente escrita en el silencio del gabinete y con glaciales ironías, acaba de sembrar nuevas discordias en el seno de la Convención. Tendré el valor de responderle sin meditacion, porque no tengo necesidad de arte como él; me basta con mi alma. Mi voz, que desde esta tribuna ha llevado el terror á ese palacio de donde ha contribuido á precipitar al tirano, también lo excitará en el alma de los malvados que quisieran sustituir su tiranía á la de un monarca. En vano se trata de irritarme; sabré estar sobre mí. No secundaré los infames proyectos de los que se esfuerzan en hacernos mutuamente degollar, como los soldados de Cadmo, para entregar nuestros puestos vacantes á los déspotas que nos preparan. Robespierre nos acusa de habernos opuesto en el mes de Julio á la destitucion de Luis Capeto. Respondo que yo fuí el primero que en esta tribuna hablé de destitucion el 3 de Julio, y añadiré que tal vez la energía de aquel discurso no contribuyó poco á la caída del trono. En la comision del 21, de que era yo miembro, no queríamos ni un nuevo rey, ni un nuevo regente, sino la república, y yo fuí quien, después de haber presidido durante toda la noche del 9 al 10 de Agosto entre el toque de rebato, viene, mientras presidia Guadet por la mañana entre el estruendo del cañon, á proponer la república en nombre de la Asamblea legislativa. Os lo pregunto, ciudadanos: ¿es esto haber estado en connivencia con la corte? ¿Es á nosotros á quien debe ésta mostrarse reconocida, ó á los que por las persecuciones que nos hacen experimentar la vengan tan bien del daño que le hemos hecho?»

«Nos acusa Robespierre de haber insertado en el decreto de suspension un artículo en que se decía que se nombraría un ayo al príncipe real. El 10 de Agosto abandoné la silla de la presidencia á las nueve de la mañana, para redactar en diez minutos el decreto de destitucion. Supongo que me hubiesen engañado los motivos en que me fundaba para insertar dicho artículo; tal vez en las graves circunstancias en que nos hallábamos, tal vez entre las inquietudes que debían agitarme durante el combate, podría acusármese de no haber sido infalible. Como quiera que fuese, no es á Robespierre, oculto entonces prudentemente en una cueva, á quien convendría manifestarme tanto encono por un momento de debilidad. Pero cuando apresurado redactaba yo el proyecto de decreto, vagaba la vic-



Pillaje en la imprenta de Gorsas.—Pág. 412.

toria incierta entre el pueblo y palacio, y aquel nombramiento de un ayo para el príncipe real, en el caso de haber vencido

el tirano, aislaba constitucionalmente al padre del hijo, que servía de este modo de rehenes al pueblo contra las venganzas de la corte. ¡Nos acusa Robespierre de haber alabado á Lafayette y Narbona! Guadet y yo fuimos los que, á pesar de los murmullos de la Asamblea legislativa, tuvimos la osadía de atacar á Lafayette en esa barra, cuando intentó imitar á César. ¡Nos acusa Robespierre de haber hecho declarar la guerra á Austria! No se trataba entonces de saber si tendríamos guerra, porque ya nos la habían declarado de hecho; sólo de ver si esperaríamos pacíficamente que nuestros enemigos llevasen á cabo los preparativos que estaban haciendo á nuestras puertas para aniquilarnos, si dejaríamos que el teatro de la guerra fuese trasladado á nuestro territorio, ó si habíamos de llevarlo nosotros al suyo. El valor de los franceses ha respondido por nosotros á esta acusacion.

«¡Se dice que hemos calumniado á Paris! Sólo Robespierre y sus amigos son los que calumnian á esta ciudad célebre. Siempre se ha fijado con espanto mi pensamiento en las escenas deplorables que han manchado nuestra revolucion; pero he sostenido constantemente que han sido obra, no del pueblo, sino de algunos malvados que han acudido de todos los puntos de la república para vivir de rapiña y asesinato en la ciudad donde la inmensidad y las agitaciones abrían una

ancha carrera á sus crímenes. Por la misma gloria del pueblo, he pedido que fuesen entregados al rigor de las leyes. Otros, por el contrario, para asegurar la impunidad de los malvados y procurarles sin duda nuevas ocasiones de matanza y de rapiña, han hecho ya la apología de sus excesos, atribuyéndolos al pueblo. Ahora bien: ¿quién calumnia al pueblo, el hombre que le sostiene inocente de los crímenes de algunos malvados extranjeros, ó el que se obstina en imputar al pueblo entero la odiosidad de esas sangrientas escenas?» «Son venganzas nacionales»,— exclama Marat. Vergniaud prosigue, sin mirarle: «Hemos querido huir de Paris, nos dice Robespierre, habiendo él querido fugarse á Marsella. En cuanto á mí, declaro que si la Asamblea legislativa queria salir de Paris, no podia ser sino de la misma manera que salió Temístocles de Atenas; es decir, con todos los ciudadanos, sin dejar á nuestros enemigos otra conquista que cenizas y escombros, y sólo huyendo ante ellos por un momento, para labrar mejor su tumba.

»Nos acusa Robespierre de haber votado el llamamiento al pueblo. ¿Debíale yo, por ventura, el sacrificio de una opinion que yo creia buena, y podia evitar á la nacion una nueva guerra cuyas calamidades temia? ¡Y somos intrigantes y conspiradores!—prosigue Vergniaud.—¿Se nos ha visto por ventura proponer el 10 de Agosto que se arrestase á los ministros en el seno de la Asamblea? La ocasion, sin embargo, era oportuna, y podíamos creer sin presuncion que recaeria la eleccion en algunos de los nuestros. ¿Dónde están, pues, las pruebas de esa pasion de fortuna, de esa sed de poder que nos atribuyen? Danton se ha vanagloriado de haber solicitado y obtenido empleos para hombres á quienes creia buenos ciudadanos; y si alguno de nosotros ha seguido la misma regla de conducta, lo cual ignoro, ¿cómo podria ser un crimen en él lo que no ha parecido vituperable en Danton?

»¡Que somos moderados, fuldenses! ¡Nosotros moderados! ¡No lo era yo el 10 de Agosto, Robespierre, cuando estabas escondido en tu cueva! ¡Moderados! No, no lo soy en el sentido de querer debilitar la energía nacional, porque sé que la libertad siempre es activa como la llama, que es inconciliable con una calma perfecta, que sólo conviene á esclavos. Tambien sé que en tiempos revolucionarios habria tanta locura en pretender calmar por la sola voluntad la efervescencia popular, como en mandar á las olas contenerse cuando se ven agitadas por los vientos. Pero el legislador, en cuanto posible le sea, debe precaver los desastres de la tempestad con prudentes consejos, y si para ser patriota es menester declararse protector del saqueo y de la matanza, ¡sí, soy moderado!

»Desde la abolicion de la monarquía he oido hablar mucho de revoluciones, y he dicho entre mí: «Sólo dos hay posibles: la de las propiedades ó agraria, y la que nos condujese de nuevo á la monarquía». He resuelto firmemente combatir las ambas: si es esto ser moderado, ¡sí, lo soy!

»Tambien he oido hablar mucho de insurreccion, y confieso que me he lamentado. O tiene la insurreccion un objeto, ó no. En el último caso, es una convulsion para el cuerpo político, que no pudiendo hacerle beneficio alguno, debe necesariamente ocasionarle mucho daño. Si tiene la insurreccion un objeto determinado, ¿cuál puede ser sino el de arrancar el poder á la Representacion nacional para transferirlo á la cabeza de un solo ciudadano? En ambos casos, los que preconizan la insurreccion conspiran contra la república y la libertad, y si es preciso apo-

yarlos para ser patriota, ó ser moderado combatiéndolos, soy moderado. Cuando la estatua de la Libertad está sobre el trono, no puede ser provocada la insurreccion sino por los amigos de la monarquía. Tambien he deseado medidas terribles, pero sólo contra los enemigos de la patria; he querido castigos y no proscripciones. Algunos han creido hacer consistir su patriotismo en atormentar y arrancar lágrimas, y yo hubiera deseado que el patriotismo sólo hiciera felices. Se trata de consumir la revolucion por medio del terror, y yo hubiera querido que esta obra la hiciera el amor. En fin, no he querido que, semejantes á los clérigos y feroces ministros de la Inquisicion, que sólo hablaban de su misericordioso Dios al fulgor de las hogueras, debiéramos nosotros hablar de libertad entre puñales y verdugos. ¡Ah! ¡Dénsenos gracias de nuestra moderacion! Si hubiéramos aceptado el combate que no cesan de presentarnos aquí, lo declaro á mis acusadores, como quiera que sean las sospechas en que nos envuelvan y las calumnias con que se quiera mancillarnos, son aún nuestros nombres más estimados que los suyos, y hubiérase visto acudir de todos los departamentos hombres tan temibles para la anarquía como para los tiranos. Nuestros acusadores y nosotros estaríamos ya consumidos por el fuego de la guerra civil.»

Despues de haber ido respondiendo así á todos los cargos de Robespierre, Vergniaud, examinando la peticion de Petion, prosigue del modo siguiente:

«Habeis dispuesto por vuestro decreto que los culpables del 10 de Marzo fuesen enviados ante el tribunal revolucionario: el crimen está probado. ¿Qué cabezas han caido? Ninguna. ¿Qué cómplice ha sido detenido? Ninguno. Habeis mandado que se diese libertad á uno de los culpables para oírle como testigo, lo cual viene á ser como si en Roma hubiese decretado el senado que Lentulo podria servir de testigo en la conspiracion de Catilina. Habeis citado á la barra miembros del comité central de insurreccion. ¿Han obedecido? ¿Han comparecido? ¿Quiénes sois, pues? En la peticion del Mercado se derrama á torrentes el oprobio contra la Convencion nacional: no es una peticion lo que vienen á someteros, sino órdenes que os dictan, proponiéndoos aisladamente la orden del dia. Ciudadanos, si tan sólo fuérais simples individuos, os diria: ¿sois cobardes? Pues bien, entregaos al azar de los sucesos, aguardad con estupor que os despidan ó manden degollaros, y declarad que sereis los esclavos del primer asesino que quiera encadenaros. ¿Buscáis á los cómplices de Dumouriez? ¡Ahí los teneis, ahí están! Ellos son los que han formado el comité central de insurreccion, ellos son los que han provocado esa criminal exposicion de la seccion del Mercado: todos ellos quieren, como Dumouriez, aniquilar la Convencion; todos ellos, como Dumouriez, desean un rey, y á nosotros es á quienes llaman los cómplices de Dumouriez. Se ha dado, pues, al olvido que nosotros hemos denunciado sin cesar la faccion de Orleans. ¡Nosotros cómplices de Dumouriez! Se olvida, pues, que en medio de las borrascas de una sesion de ocho horas, hicimos dar el decreto que desterraba á todos los Borbones de la república. ¡Nosotros cómplices de Dumouriez! Se ha dado al olvido (indicando con el ademan á Robespierre) quiénes fueron los que hicieron revocar aquel decreto. ¡Cómo! Dumouriez conspira en favor de un Borbon, nosotros luchamos para obtener el destierro de los Borbones, ¡y somos acusados!

»A todo he contestado, he confundido á Robespierre, y esperaré tranquilo que se pronuncie la nacion entre mis enemigos y yo. Ciudadanos, termino esta discu-

sion, tan dolorosa para mi alma como fatal para la causa pública. Creía yo que la traición de Dumouriez produciría una crisis feliz, reuniéndonos á todos el sentimiento del peligro común; creía que en vez de encarnizarnos en perdernos unos á otros, sólo nos ocuparíamos en salvar la patria. ¿Por qué especie de fatalidad no cesan los representantes del pueblo de convertir este recinto en el foco de sus calumnias y de sus pasiones? Sabeis cómo he devorado en silencio las amarguras con que me abruma hace seis meses, y cómo he sabido sacrificar á mi patria los más justos resentimientos; sabeis cómo, bajo pena de cobardía, bajo pena de confesarme culpable, bajo pena de comprometer el poco bien que todavía me es permitido esperar hacer, he podido dispensarme de patentizar la perfidia é impostura de Robespierre. ¡Ojalá sea este día el último que perdamos en escandalosos debates!»

VI

Este discurso, tranquilizando el alma de Vergniaud, le atrajo de nuevo el numeroso partido de los moderados. Resonó esta elocuencia durante algunos días en París y en Francia entera. Los girondinos resolvieron aprovecharse de la predisposición del favor público para acabar con sus enemigos; pero no tenían otras armas que discursos, al paso que Danton y Robespierre eran dueños del pueblo de París. En los días siguientes se hallaban tan agitados los ánimos, que Duperret, echando mano á la espada, se arrojó á los miembros de la Montaña. Reportándose por los gritos de horror de la Convención, se excusó declarando que si hubiera tenido la desgracia de poner la mano en un representante del pueblo, le quedaba otra arma para matarse. La Asamblea achacó su acaloramiento á demencia, y le perdonó.

Pronunció en seguida Petion un discurso que se parecía á las voces de la desesperación de su pérdida popularidad. Sucedióle Guadet, defendiéndose como Vergniaud de toda complicidad con Orleans y Dumouriez. «Cierto es—dijo—que Dumouriez ha venido á París precedido de la reputación de gran general y cercado del esplendor de sus victorias; pero no he ido tras él, y le he conocido en el comité de que era yo miembro. Le vi otra vez en una casa donde le ofrecieron una función á la que fué convidado, y adonde concurrí por la amistad que me unía á Talma, que era quien la daba, permaneciendo sólo en ella media hora. Ha estado muchos días en París, y no he sabido dónde vivía; pero ¿á quién se ha visto diariamente al lado de Dumouriez en todos los espectáculos de París? ¿Quién estaba sin cesar junto á él? ¡Vuestro Danton!...»

Al oír estas palabras, exclama Danton como despertando sobresaltado: «¿Conque me acusas á mí? No conoces mi fuerza. Te responderé, probaré tus crímenes. En la Opera me hallaba en un palco inmediato á Dumouriez, pero no en el suyo; también estabas tú». Guadet prosigue: «Sí, Danton, Fabre d'Eglantine y el general Santerre formaban la corte de Dumouriez. ¡Y tú, Robespierre, nos acusas de haber estado en inteligencia con Lafayette! Pero ¿dónde te escondías el día que, acompañado de todo el brillo de su poder, fué traído desde el palacio de las Tullerías hasta esa barra, entre el ruido de las aclamaciones que se daban en esa explanada como para imponer á los representantes del pueblo? Sólo yo me presenté en la tribuna y le acusé, no tenebrosamente como tú, sino en público. Ahí estaba, y

sin embargo, eterno calumniador, me acusas de corrupción; dices que la conspiración de que formamos parte es una cadena cuyo primer eslabón está en Londres y el último en París, y que ese anillo es de oro. Pues bien, ¿dónde están esos tesoros? Venid vosotros los que me acusáis, venid á mi casa, venid á ver á mi mujer é hijos manteniéndose con el pan del pobre, venid á ver la honrosa medianía en que vivimos. Id á mi departamento, y mirad si han crecido mis escasas posesiones. Vedme llegar á la Asamblea; ¿vengo á ella en magníficos corceles?

»¿A quién debía aprovechar la traición de Dumouriez? A Orleans. Pues bien, no ha sido reciente ni confidencialmente cuando y como le he dicho lo que de él pensaba. Le he acusado aquí una noche de aspirar al trono, y al día siguiente le



Primer comité de salud pública.—Pág. 420.

vi entrar en mi casa á las siete de la mañana, sorprendiéndome extraordinariamente. Protestó que su renuncia á la dignidad real era sincera, y me preguntó si había querido designarle, rogándome que me explicase con franqueza. «Me suplícais que os hable con franqueza,—le dije,—no necesitáis rogármelo, pues conozco vuestra nulidad, y de vos solo nada recelaría; pero á vuestra sombra se abrigan unos hombres que os necesitan, y los temo. Teneis—añadí—un medio muy sencillo de hacer cesar estas sospechas: pedid vos mismo á la Convención nacional el decreto que os destierre de la república con vuestra familia.» Respondióme el de Orleans que ya le había dado el mismo consejo Rabaut Saint-Etienne, y al siguiente día manifesté á Sillery que no restaba á Orleans otro partido. Me respondió éste: «Sí, lo creo como vos, y voy á prepararle un discurso en que pida su expulsión, porque nada sabe hacer por sí mismo». ¡Cuál no fué mi sorpresa, cuando en la sesión en que proponía el decreto de destierro, oí á Sillery pedir la palabra para combatir esta medida! Esta contradicción acrecentó las sospechas que yo había concebido hácia Orleans. Así pues, ciudadanos, está demostrado que la conjuración

del 10 de Marzo se halla relacionada con la conjuración de Orleans. ¿Y quién ha urdido la conspiración del 10 de Marzo? ¿Quién la ha urdido, ciudadanos? Tendré valor para decir la verdad desnuda: ha sido Robespierre. Mientras este nuevo Mahomet envolvía de esta suerte en una indicación misteriosa las víctimas que iba á herir, su Omar las numeraba en sus hojas, encargándose otros de degollarlas. Pero, ciudadanos, ¿creeis que no se prepara otra vez el peligro de que habeis escapado? Desengañaos y escuchad...»

Guadet lee á la Convención un manifiesto de los Jacobinos á sus hermanos de los departamentos. «¡A las armas! — dicen — ¡a las armas! ¡Estamos vendidos! Vuestros mayores enemigos están entre vosotros, dirigiendo vuestras operaciones, y disponen de vuestros medios de defensa. Si, hermanos y amigos, en el senado es donde ciertas manos parricidas desgarran vuestras entrañas; si, la contrarrevolución está en el gobierno, en la Convención nacional; ahí, en el centro de vuestra seguridad y de vuestra confianza es donde tienen algunos criminales representantes el hilo de la trama que han urdido con la horda de déspotas que vienen á asesinarnos. Pero la indignación os enardece ya. ¡Republicanos, corramos á las armas!»

«¡Es verdad!» — exclama Marat. Al oír estas palabras, la derecha y el centro se levantan llenos de indignación y piden á gritos que Marat sea acusado. Apoyado éste por la inmovilidad de la Montaña y el aliento que le daban las tribunas, arrostra la cólera de la mayoría y se lanza á la tribuna. «¿A qué viene tanta palabrería, — dijo con insolencia, — y para qué sirve? Se trata de introducir entre vosotros la sospecha de una conjuración quimérica para ahogar otra demasiado real.» «¡El decreto de acusación contra Marat!» — gritan á la vez trescientos miembros. Marat se esfuerza para que le oigan, y los mismos gritos ahogan su voz.

Danton sale entónces de entre la Montaña, acudiendo á escudar á Marat con su desden, pero también con su protección. «¿No es Marat — dijo — representante del pueblo? ¿Debemos acusar á la Convención ántes de tener contra uno de sus miembros pruebas evidentes? ¿Quién es el culpable, Marat ó los *hombres de Estado*? El tiempo lo dirá. Pero si el verdadero culpable es Orleans, enviadle primero al tribunal revolucionario y poned á precio la cabeza de todos los Borbones emigrados.» «¿Y cuál será la suerte de nuestros comisionados detenidos por Dumouriez?» — le pregunta una voz de la Montaña. «Vuestros comisionados — replica Danton — son dignos de la nación y de la Convención nacional; no deben temer la suerte de Régulo.»

Boyer-Fonfrede insiste en que se lleve á efecto la acusación contra Marat.

La Convención votó al día siguiente la acusación contra Marat, que fué decretada por doscientos veinte votos contra noventa y dos. Los jacobinos lanzaron un grito de indignación. El ostracismo de Marat fué el principio de su triunfo.

VII

Al salir del salón rodeado de numerosos franciscanos, Marat no fué detenido ni conducido á la Abadía, porque nadie osó poner la mano en el ídolo del pueblo. Se evadió sin obstáculo, y una inmensa muchedumbre le llevó al día siguiente á la barra de la Convención. El orador de las secciones era un jóven inspirado por Danton. «Venimos á pedirnos venganza contra los traidores que mancillan la Repre-